

Pues más enamorada sonaría
Que la voz de Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso
Robaría á tu labio el primer beso,
Y ¡ay! de Leonora la amorosa historia
Olvidaría el mundo, y la hermosura
Que dióle al Tasso su inmortal diadema.
Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez á tu ternura,
Más vasto imperio á tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos,
Eternos con tu amor y tus encantos!

¡Delirio celestial, huye de mi alma!
¡Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el Occidente
Un astro baja su radiosa frente,
¡Esa es mi juventud..... esa es mi vida
Por el genio del mal tan combatida!
Hasta mis tristes ojos
Llegas tú, criatura indefinible,
Cuando ya sólo quedan los despojos
De lo que fué mi ser. Mano terrible
Puso el dolor en mi temprana vida,
Y á la hazaña homicida
Con que apuró en mi pecho sus rigores,
Se agostaron las flores
Lozanas de mi mente;
Los años para mí se apresuraron,
Y de mi joven frente
La corona de amor me desataron.

Pero no; todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita,
Al talismán de tu sin par belleza;

Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi lira una armonía.—
La postrera quizá, sentida, ardiente,
Flor que robo al jardín del alma mía,
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

SUEÑOS.

Venid, venid, oh sueños, á mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas á mi inspirada sién,
Y mire recorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y con ellas, envuelto en sus vapores,
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno,
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Cómo salió la lumbré del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Cómo su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
Á comprender alcance su misterioso ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y brote pensamientos de mi inspirada mente,
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y esplendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, oh sueños, y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no.....
Yo vivo solamente cuando febril deliro;
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descornado el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
¡Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!.....

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fraticida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante;
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

AL SOL.

¿Por qué pasas, oh rey de los astros,
De las puertas que te abre el Oriente?
¿Por qué deja más tarde tu frente
Del ocaso los bordes también?
Dos momentos no más eres bello
Á los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes
En tu vasta y radiante carrera,
Da sublime esplendor á la esfera,
Mas no al alma ilusiones de amor.
Al mirarte en el cénit, mi alma
Se concentra ofendida y vacila,
Como tiembla la herida pupila
Á tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos
Que no alcanzan las almas de hielo;
Tú los tienes, lumbrera del cielo,
Foco eterno de vida y de luz.
¡Gloria al bello momento en que asomas
Sobre cuna de nácar y rosas!
¡Gloria, oh sol, cuando débil te embozas
Entre velos de leve capuz!.....

Desde el cielo á este mísero mundo,
Todo el orbe respira alegría
Cuando pintas las rosas del día
De la aurora en la cándida tez.
Cual despliegan las flores su broche,
Abre el alma sus cálices, pura,
Y en amor y esperanza y ventura
Se armoniza y suspira á la vez.

De la aurora las lágrimas brillan;
Olas de ámbar y amor se esparraman;
Y, á la par de las aves, te aclaman
Bosque y prados, montañas y mar.
Allí copias la vida del hombre
Cuando empieza sus horas de mundo,
Cuando todo es etéreo y fecundo,
Cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡Gloria, gloria, tesoro del cielo,
Cuando llegas también al ocaso,
Y con lento fatídico paso
Vas diciendo á los hombres: adiós!
¡Cuando cerca á tu pálida frente
Las estrellas asoman prolijas,
Como en torno á su padre las hijas
Cuando su alma se vuela hasta Dios!

Nada muere á los ojos del hombre
Sin robar á su pecho un suspiro;
Y al bajar de tu espléndido giro
Viertes ¡ay! melancólico amor.
¿Quién, mirando tu lumbre postrera,
No ha llorado una vez en su vida,
Al influjo de pena escondida,
Sin poder definir su dolor?

Dios, la patria, destino y amada
Son recuerdos constantes del alma,
En las horas de paz y de calma
En que tocas del cielo el confín.
En el alma el amor se dilata
Con más dulce verdad en su esencia,
Porque toda es amor la existencia,
Cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo
Tu opulenta magnífica frente,
Para luego llegar al oriente

De otra nueva y lejana región,
Representas la vida del hombre
Descendiendo á la vida del suelo,
Y á la vez remontando su vuelo
Fugitiva á otra nueva mansión.

¡Gloria, oh sol, cuando pintas el alba
Con un tenue carmín de tu rayo!
¡Gloria, oh sol, al llegar en desmayo
Á la tumba de ocaso también!
Dos momentos sublime te muestras
Á los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que guardas tu sien.

RÁFAGA.

Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.
No lates, no, para formar el eco
De ajenas voces; tu primer acento
Sólo fué tuyo; tu postrer aliento,
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura con amarga risa,
Corazón mío, tu letal veneno;
Apura, apura, que del cáliz lleno
Bebes y miras que rebosa más.
Hoy es un día de los mil que pasas
Como las sombras de la tarde triste,
Como la flor que el huracán embiste,
Y quiebra y yerma en su volar tenaz.

En que la vida con dolor se pasa,
En que está fría y sin valor el alma,

Y una salvaje y desabrida calma
Reemplaza el fuego de tu ardor febril.
Que el mundo miras y del mundo ríes,
Risa más agria que la hiel que bebes,
Y en otro mundo á palpar te atreves
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora á prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que el arte de temor espantan,
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que dél discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor é inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva á Dios.

Diles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo, y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas
Bellas escuelas, y á la vez sistemas
Que á los poetas su destino den.

Que vengan hoy á prefijarle sendas
Á lo que sientes palpar violento,
Y después vayan á decir al viento:
Torced el vuelo y caminad ahí.
Diles que pongan sobre ti su mano
Y digan luego si cual tú latieron;
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en ti.

Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas;

Tu arte es tu vida ; tu sistema, tu alma,
Altiva ó mansa, con ardor ó calma,
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura y burla,
Corazón mío, su severo juicio;
Si no es su fallo para ti propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar la huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada,
Suelta tus velas á merced del viento,
Y cuando sople vendaval violento,
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar transparentando el cielo,
Entonces suave con tranquilo vuelo
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve á señalarte rumbo
Cuando tú mismo tu destino ignoras?
¡Á ti misterio, que ignorado lloras,
Arcano inmenso que formara Dios!
Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales ó ligera brisa,
Ronco alarido ó melodiosa voz.

ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850.

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendidas
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro! y sangre, y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo, y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
Á llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la gloria
Á esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen;
Se apagan los radiantes luminaires,
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? tal es—atiende—
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese *después* que acusa ó que defiende
En la ruina de un pueblo ó en su gloria.

Ese *después* fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla, y, en pos la destrucción, responde:
¿Dó están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo transformada en hombre;
Mas ¡ay de ti, que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido;
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tú no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledó;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temés se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza, el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaúcho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso sólo es matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma, y la contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito;
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;
Y más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnífera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y sólo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos, temblando y en tu imagen fijos,
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
Á los cuentos que invente tu memoria;
Y execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la Historia.

¡ Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca á tu nombre la memoria ingrata:
Nunca á tu maldición el pecho tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás al expirar que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus alevés manos,
Mas que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tirano,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

D. OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE.